

## CAPÍTULO TERCERO

### DE ASIA A LAS AMÉRICAS: LAS VISIONES ENCICLOPÉDICAS DE ATHANASIUS KIRCHER Y SU RECEPCIÓN

Paula Findlen

#### LAS INDIAS: ¿CUÁLES?

Desde la ciudad de Cádiz, en diciembre de 1680, mientras esperaba un barco con rumbo a Nueva España, el jesuita Eusebio Francisco Kino (1645-1711) tuvo oportunidad de reflexionar no sólo acerca de sus propios esfuerzos por llegar a las Indias, sino que consideró de manera más general el deseo de toda una generación de jesuitas por embarcarse en las misiones del Oriente. En una carta a su mecenas, la duquesa de Aveiro, observa: “Estoy convencido de que en ninguna otra provincia de la Compañía hay tantos jesuitas que dediquen tanta atención a las matemáticas como en la provincia de Alemania Superior, y esto lo hacen con la expresa intención de ir algún día a las misiones chinas”.<sup>1</sup> El propio Kino afirmaba conocer personalmente a por lo menos treinta jesuitas en tal situación y muchos más lo habían precedido en la articulación de este deseo. Ya en 1603, evidentemente inspirado en la obra de Matteo Ricci, el jesuita Antonio Antoniotti escribió desde Turín que esperaba ir a China, “ya que las matemáticas son muy apreciadas en esa provincia”.<sup>2</sup> Para mediados del siglo XVII, Kino ya podía contemplar una historia todavía más grande de los matemáticos jesuitas de China. Al considerar por qué el apasionamiento por las Indias se había exacerbado en los últimos diez años, escribió que la presencia de los retratos de Johann Adam Schall (1592-1666) y de Martino Martini (1614-1661) en las bibliote-

[Traducción del inglés de Germán Franco Toria y Yunersy Legorburo]

<sup>1</sup> Eusebio Francesco Kino, *Epistolario 1670-1710*, edición de Domenico Calarco, Bologna, Editrice Missionaria Italiana, 1998, p. 73.

<sup>2</sup> Gian Carlo Roscioni, *Il desiderio delle Indie: Storie, sogni e fughe di giovani gesuiti italiani*, Turín, Einaudi, 2001, p. 141.



AMSTELODAMI,  
 Apud IACOBUM à MEURS, in fossa vulgò de Keyfersgracht,  
 ANNO MD. C. LXVII.

FIGURA IX. Frontispicio de la *China illustrata* de Athanasius Kircher (Ámsterdam, 1667). Con autorización del Department of Special Collections, Stanford University Libraries

cas de los colegios jesuitas sirvió de estímulo para que su generación reprodujera sus esfuerzos. Las imágenes de los grandes astrónomos, cartógrafos y lingüistas misioneros de mediados del siglo xvii eran el vívido recuerdo del hecho de que, de todas las distintas regiones del mundo, China se había convertido en el lugar en el que los misioneros jesuitas habían demostrado de mejor manera la fuerza de sus singulares contribuciones al evangelismo católico, al hacer del conocimiento una condición previa para la aceptación de la fe.

Pero debemos tener en mente que, cuando Kino escribía estas palabras, sabía que *no* iba a ir a las Indias con que soñaba. Diez años antes le había escrito al general superior Gian Paolo Oliva y le describía su pasión juvenil por “ir a las Indias”. A menudo le recordaba a Oliva su deseo de ir a evangelizar a China en cartas que le envió a Roma desde Alemania durante toda la década de 1670. Se preparó esmeradamente para la misión que había asumido como suya —“mi vocación para las misiones de las Indias”—, estudiando matemáticas en Ingolstadt con dos de los distinguidos cartógrafos y geógrafos del colegio jesuita, a fin de adquirir las habilidades que él entendía eran las más apropiadas para vivir entre los chinos.<sup>3</sup> Su alegría fue grande cuando finalmente Oliva le ofreció una misión en la primavera de ese año. Y aquí debemos regresar a las circunstancias de su carta a la duquesa de Aveiro, pues la escribía cuando se aprestaba a salir para la Nueva España. Kino estaba en camino hacia las otras Indias.

Soñar con China pero acabar en América parece haber sido más común de lo que pudiéramos esperar. Después de todo, Colón estableció el patrón en pos de tal sueño al insistir en que América sólo era otro camino hacia las fabulosas riquezas de Catay. En una época en que las naves españolas viajaban entre Filipinas y España pasando por la Nueva España, la visión de un mundo en que el Pacífico conectaba a Asia y América literalmente se hizo realidad. Las *indipetae* —solicitudes por escrito para recibir misiones a las Indias— conservadas en el archivo jesuita de Roma están llenas de estas cartas; muchos de los jóvenes jesuitas preferían ser enviados a las Indias orientales más que a las occidentales, si bien hasta el siglo xvii la mayoría prefería Japón y no China porque el cristianismo había hecho allí sus primeras incursiones.<sup>4</sup> Pese a los conocidos escritos del jesuita José de Acosta acerca de otras Indias, Asia acaparaba la imaginación de los jesuitas más eruditos que se consideraban a sí mismos los misioneros destinados a los sabios paganos.

Un contemporáneo de Kino, mayor que él e igualmente inclinado a las matemáticas, Valentin Stansel (1621-1705), casi logró llegar a Oriente. Pri-

<sup>3</sup> Kino, *Epistolario...*, *op. cit.*, pp. 37 (1° de junio de 1670) y 43 (17 de marzo de 1678).

<sup>4</sup> Gian Carlo Roscioni, *Il desiderio delle Indie...*, *op. cit.*, pp. 74, 110.

mero expresó su deseo de ir a China en una carta dirigida al general superior en 1651 y recibió la buena nueva de que su solicitud había sido aprobada en 1656. No obstante, durante su estancia de seis años en Lisboa a la espera de órdenes para embarcarse en una nave portuguesa con rumbo a Oriente, las cosas cambiaron. En 1663 fue enviado a Occidente, a Brasil, donde pasó el resto de su vida a pesar de reiterados intentos por ser reasignado a un puesto de enseñanza en uno de los colegios europeos.<sup>5</sup> En el mejor de los casos, fue un misionero americano a pesar suyo, en marcado contraste con Kino, quien con entusiasmo exploró y evangelizó las partes más alejadas del norte del imperio español, llegando a producir algunos de los mapas más precisos de la península de Baja California.<sup>6</sup>

Las dos décadas que separan las cartas de Stansel y de Kino enviadas a Roma fueron cruciales en la evolución de las actitudes jesuitas hacia el Oriente. Durante los años sesenta y setenta del siglo XVII, los relatos jesuitas de China proliferaron a medida que las misiones enfrentaban nuevos desafíos.<sup>7</sup> Kino pertenecía a la generación que se había enterado de las dificultades de Schall, tras su encarcelamiento de casi dos años bajo sospecha de herejía y traición y acusado por astrónomos rivales chinos de cometer errores en el calendario. Disponían de la obra de Martini, el *Novus Atlas Sinensis* (1655), que ofrecía la geografía más concreta y comprensiva de China hasta entonces. Leyereron la carta que el colaborador de Schall, Ferdinand Verbiest, escribió a sus compañeros jesuitas en 1678, en la que les rogaba que enviaran misioneros competentes en matemáticas a China para mantener el lugar de los jesuitas en la burocracia de la astronomía.<sup>8</sup> La urgencia y nobleza de la misión de China era bastante real para ellos, y su interés en aquel país se basaba en un nivel de conocimiento mayor que el de las generaciones

<sup>5</sup> Carlos Ziller Camenietzki, "The Celestial Pilgrimages of Valentin Stansel (1621-1705), Jesuit Astronomer and Missionary in Brazil", en Mordechai Feingold (ed.), *The New Science and Jesuit Science: Seventeenth Century Perspectives*, Dordrecht, Kluwer, Archimedes, 2003, vol. 6, pp. 250-252.

<sup>6</sup> Véase Herbert Eugene Bolton, *Rim of Christendom: A Biography of Eusebio Francisco Kino Pacific Coast Pioneer*, 2a. ed., Tucson, University of Arizona Press, 1984.

<sup>7</sup> La mejor puerta de entrada a este tema es David E. Mungello, *Curious Land: Jesuit Accommodation and the Origins of Sinology*, Honolulu, University of Hawaii Press, 1989.

<sup>8</sup> Véase más sobre la carrera misionera de Schall en China en Roman Malek (ed.), *Western Learning and Christianity in China: The Contribution and Impact of Johann Adam Schall von Bell, S.J. (1592-1666)*, 2 vols., Nettatal, Steyler Verlag, 1998; la carta de Ferdinand Verbiest del 15 de agosto de 1678 fue publicada en H. Josson y L. Willaert (eds.), *Correspondance de Ferdinand Verbiest de la Compagnie de Jésus (1623-1688)*, Bruselas, 1938, Palais des Académies, pp. 232-253. El cambiante clima se describe brevemente en Han Qi, "Sino-French Scientific Relations through the French Jesuits", en Stephen Uhalley, Jr. y Xiaoxin Wu (eds.), *China and Christianity: Burdened Past, Hopeful Future*, Armonk, Nueva York, M. E. Sharpe, 2001, p. 138.

precedentes. A un grado más elevado que nunca antes, se inspiraban no sólo en los retratos sino en los libros, mapas y conversaciones con los religiosos que regresaban de su misión, lo que inflamaba su imaginación geográfica y su pasión evangélica.

La China sobre la que Kino leía, tal y como la describían los padres jesuitas que hacían labores de proselitismo en ese país, era una utopía política y cultural que parecía la versión china de la *República* de Platón, a la cual sólo le hacía falta el cristianismo para ser perfecta.<sup>9</sup> Era un mundo que apreciaba el tipo de religiosidad erudita que ofrecían los jesuitas y que se maravillaba ante los libros, grabados, pinturas, relojes, astrolabios, telescopios, instrumentos musicales y otros curiosos artefactos que los padres misioneros traían consigo.<sup>10</sup> Por lo menos durante algún tiempo, sectores clave de la élite confuciana valoraban a los jesuitas por sus conocimientos y habilidades técnicas. Los jesuitas del siglo XVII correspondían divulgando una imagen de China como la única civilización equivalente a la europea. Se trataba de una imagen especialmente atractiva de las Indias fabulosas.

Uno de los autores que Kino leía animosamente en su juventud en Ingolstadt era el polígrafo, inventor y coleccionista alemán Athanasius Kircher (1602-1680). No era una mera coincidencia que Kircher hubiera sido el maestro de Martini durante sus días de estudiante en el Colegio Romano; Stansel conoció al gran erudito jesuita en Roma cuando iba hacia China en 1656.<sup>11</sup> Al haber estudiado con otro de los antiguos estudiantes de Kircher en Ingolstadt, y habiendo sido lector de sus muchas publicaciones, Kino consideraba a Kircher como uno de los eruditos de mayor autoridad de su época. Tres años antes de que Kino escribiera su primera carta a Oliva, la popular obra de Kircher *China ilustrada* (1667) vio la luz (figura IX). Llena de nueva información, recién llegada de las misiones de Asia, y ensalzando

<sup>9</sup> Athanasius Kircher, *China Monumentis, qua Sacris qua profanis, nec non variis naturae & Artis, Spectaculis, Aliarumque rerum memorabilium Argumentis illustrata*, Ámsterdam, 1667, *apud* Joannem Janssonium a Waesberge y Elizeum Weyerstrael, p. 166. Véase un examen más detallado de este tema en Erik Zürcher, "China and the West: The Image of Europe and Its Impact", en Stephen Uhalley, Jr. y Xiaoxin Wu (eds.), *China and Christianity...*, *op. cit.*, pp. 43-61, 361-364.

<sup>10</sup> Michael Adas examina varios aspectos de esta historia en *Machines as the Measure of Man: Science, Technology and Ideologies of Western Dominance*, Ithaca, Cornell University Press, 1989, pp. 21-95, y *passim*.

<sup>11</sup> Véase una introducción a los estudios más recientes sobre Kircher en Eugenio Lo Sardo (ed.), *Athanasius Kircher, S.J. Il Museo del mondo*, Roma, Edizioni De Luca 2001; Daniel Stolzenberg (ed.), *The Great Art of Knowing: The Baroque Encyclopedia of Athanasius Kircher*, Stanford, California, Stanford University Libraries 2001; y Paula Findlen (ed.), *Athanasius Kircher: The Last Man Who Knew Everything*, Nueva York, Routledge, 2004. Todas incluyen extensas bibliografías de la importante obra que las precedió.

la tradición misionera que empezó con Ricci y llegaba hasta Schall, era justo el tipo de obra que inspiraba a los jóvenes estudiosos a poner su saber al servicio de la fe. En el prefacio dedicado a Oliva, fechado el 8 de diciembre de 1666, unos meses tras el deceso de Schall en China en el que desembocó su largo proceso y encarcelamiento que puso en serio peligro la posición de los jesuitas en la corte imperial, Kircher pedía urgentemente al general superior que remediara la falta de misioneros preparados, haciendo notar que China aún no había sido cristianizada totalmente “debido a la falta de obrantes que la conduzcan hacia la verdad”.<sup>12</sup> Sabía que era demasiado viejo para ir —y no se puede saber con claridad si Kircher alguna vez consideró de verdad que China fuera la culminación de sus propias aspiraciones, aunque animaba a otros a verla como tierra fértil para la empresa religiosa jesuita—. Al sintetizar el conocimiento misionero acerca de la política, las costumbres, la naturaleza y las religiones de Asia, y al tratar de resolver añejas disputas sobre la confiabilidad de la información que viajaba en dirección a Occidente hasta Roma, ofrecía a una nueva generación motivos para soñar con Oriente.

Como recientemente observaron Haun Saussy y Florence Hsia, la *China illustrata* de Kircher demostraba el buen suceso de los trabajos jesuitas por comunicar su imagen de China en Europa.<sup>13</sup> Transformó décadas de experiencia en el sur y el oriente de Asia —la “China” de Kircher incluía aspectos de India y Japón— en un libro de lectura muy amena y bellamente ilustrado. Durante algún tiempo, Kircher, al escribir sobre China, se convirtió en el experto europeo sobre un lugar que nunca había visto, pero no en el estilo densamente informado de Matteo Ricci, Alvaro Semedo o incluso su discípulo Martini —quienes tenían conocimiento de primera mano de China—, sino a la manera de un curioso enciclopedista que veía esta parte de las Indias como un ingrediente crucial en su visión universal de la fe y el conocimiento.

La *China ilustrada* de Kircher fue la culminación de un antiguo interés por el Oriente que había cultivado desde la década de 1620. Su generación había recibido su inspiración de la publicación de la obra de Ricci por Nicholas Trigault, *De Christiana Expeditione, apud Sinas suscepta ab Societate Jesu* (1615), con muchas reimpresiones y traducciones a lo largo de 20 años. También llevaron a la perfección sus habilidades intelectuales en un am-

<sup>12</sup> Kircher, *China illustrata...*, *op. cit.*, sig. \*4r.

<sup>13</sup> Haun Saussy, “The Universe in a Cup of Tea”, en Daniel Stolzenberg (ed.), *The Great Art of Knowing...*, *op. cit.*, pp. 105-114; Florence Hsia, “Athanasius Kircher’s *China illustrata* (1667): An apologia pro sua vita”, en Findlen, *Athanasius Kircher...*, *op. cit.*, pp. 383-404. Para trabajos anteriores sobre esta obra, véase Boleslaw Szczesniak, “Athanasius Kircher’s *China illustrata*”, *Osiris*, vol. 10, 1952, pp. 385-411, y David Mungello, *Curious Land...*, *op. cit.*, pp. 134-173.

biente rebosante de proyectos eruditos para entender la historia oriental de la cristiandad mediante el estudio de lenguas tales como el hebreo, el siríaco y el copto.<sup>14</sup> Para mediados de la década de 1630, Kircher se había labrado una reputación, muy errada, de ser un jesuita “que había pasado mucho tiempo en Oriente”.<sup>15</sup> En dos ocasiones —primero en 1628 y después en 1637— Kircher escribió al general superior para solicitar su asignación al Oriente. Como muchos jesuitas apasionados por el estudio de lenguas antiguas, su destino de preferencia, no obstante, no era Asia, sino el Oriente Próximo; no las Indias, sino la parte más antigua del Viejo Mundo.<sup>16</sup>

En 1637 Kircher esperaba que sus credenciales de *bona fide* al cabo pudieran otorgarle un viaje al Oriente. Su apetito por tal viaje fue acicateado todavía más por un viaje a Malta —un lugar que caracterizó como “el rincón más lejano de Europa”— como confesor del recién convertido Landgraf Friedrich de Hesse-Darmstadt.<sup>17</sup> Al regresar del borde mismo de lo que pensaba era la frontera entre Oriente y Occidente, con mayores deseos de obtener manuscritos orientales tras la exploración de las bibliotecas maltesas, escribió una segunda carta en la que pedía se le destinara una misión. El general Muzio Vitelleschi pronto desengañó a Kircher al responderle lacónicamente el 7 de enero de 1638 que valoraba en él su “deseo de ir al Oriente”, pero que la sociedad lo necesitaba en su tierra: “Su Reverencia debe regresar a Roma”.<sup>18</sup> Kircher pasó el resto de su larga y productiva vida en la ciudad eterna, publicando sus enciclopedias y mostrando a los visitantes los artefactos que acumuló en el museo del Colegio Romano. Fue otro jesuita más que no pudo ir al Oriente.

A diferencia de Stansel y Kino, a Kircher no le ofrecieron la alternativa de pasar a América. La compañía consideró que le sería más útil para sus actividades en Europa, donde podía con más facilidad propagar el conocimien-

<sup>14</sup> Véase en especial Daniel Stolzenberg, *Egyptian Oedipus: Antiquarianism, Oriental Studies and Occult Philosophy in the Work of Athanasius Kircher*, tesis de doctorado, Stanford University, 2003, y Peter N. Miller, “Making the Paris Polyglot Bible: Humanism and Orientalism in the Early Seventeenth Century”, en Herbert Jaumann (ed.), *Die Europäische Gelehrtenrepublik im Zeitalter des Konfessionalismus*, Wiesbaden, Harrassowitz, 2001, pp. 59-85.

<sup>15</sup> Galileo Galilei, *Opere*, edición de Antonio Favaro, Florencia, G. Barberà, 1968, vol. 16, p. 65 (carta de Raffaello Magiotti a Galileo Galilei, Roma, 18 de marzo de 1634).

<sup>16</sup> Roscioni, *Il desiderio delle Indie...*, *op. cit.*, p. 144. La confusión acerca de cuál parte del Oriente prefería Kircher ha sido definitivamente aclarada en el excelente estudio de Daniel Stolzenberg sobre la fascinación que tenía Kircher por el Oriente; véase su *Egyptian Oedipus...*, *op. cit.*

<sup>17</sup> Carta de Kircher a Johann Buxtorf, Valetta, 6 de enero de 1638, en John Fletcher, “Athanasius Kircher and the Distribution of His Books”, *The Library*, quinta serie, vol. 3, núm. 23, 1968, p. 109.

<sup>18</sup> APUG, Kircher, ms. 561, f. 18r.

to jesuita del mundo mediante sus numerosos libros. Como su contemporáneo Daniello Bartoli (1608-1685), el cronista oficial de la Compañía de Jesús, Kircher escribió acerca de un mundo que conoció principalmente a través de los libros, cartas y artefactos albergados en Roma y que en su concepción tenía como un producto de conversaciones y correspondencias con los misioneros. Envío a algunos de sus estudiantes a China, entre ellos a Martini, quien colaboró estrechamente con Kircher para mejorar la transcripción de la estela sino-siríaca a su regreso a Roma en 1655; también sostuvo correspondencia con otros antiguos estudiantes y colegas que fueron a América. Sus libros viajaron por todos estos distintos lugares, haciendo de su autor uno de los más leídos de su época.<sup>19</sup>

Para cuando hizo su segunda petición, Kircher había ganado una reputación como matemático y lingüista. Llevaba ya varios años viviendo en Roma, enseñando matemáticas y lenguas orientales en el Colegio Romano desde 1633. Recién había publicado su *Introducción al copto o egipcio* (*Prodromus coptus, sive, Aegyptiacus*) (1636), su primera explicación de los jeroglíficos egipcios que incluía un examen del valioso diccionario de copto que Pietro della Valle había llevado a Roma y transcripciones de varios monumentos cristianos antiguos. En esta obra hay atisbos del interés que tendría toda su vida por China y su relación con su mucho más conocido trabajo sobre egiptología. ¿Acaso China no era sino “otra cara de Egipto”?, preguntaba retóricamente a los lectores de su *China ilustrada*.<sup>20</sup> La *Introducción al copto* contenía una transcripción y traducción parciales de un monumento nestoriano del siglo VIII, descubierto en China en 1625, que llegaría a ocupar el lugar central en su historia de la temprana cristiandad en China, su obra de madurez de 1667.<sup>21</sup> Kircher dedicó un espacio considerable al emocionante descubrimiento de una estela sino-siríaca, y la citó como evidencia del papel del Oriente Próximo en la divulgación del cristianismo en Asia. Posteriormente defendería su veracidad en su *China ilustrada*. Esta parte de las Indias, dicho de otro modo, le interesaba porque había sido un importante receptor de la antigua fe y sabiduría, un pedazo de Egipto en el corazón de China. Al mismo tiempo, algunos aspectos de Asia lo condujeron a invocar información crucial sobre la fe, las costumbres y la naturaleza de las Américas, con lo que hacía de China un punto de unión simbólica para el encuentro del viejo con el nuevo mundo, un lugar para que un sabio europeo inspeccionara su mundo.

<sup>19</sup> Paula Findlen, “A Jesuit’s Books in the New World: Athanasius Kircher and His American Readers”, en Paula Findlen (ed.), *Athanasius Kircher...*, *op. cit.*, pp. 329-364.

<sup>20</sup> Kircher, *China illustrata...*, *op. cit.*, p. 136.

<sup>21</sup> Kircher, *Prodromus Coptus sive Aegyptiacus*, Roma, Typis S. Cong. de Propag. Fide, 1636, pp. 46-76. Acerca de la controversia en torno a la autenticidad de la estela, véase el estudio de Mungello, *Curious Land...*, *op. cit.*, pp. 164-172.



La *China ilustrada* de Kircher, popular libro que pronto se tradujo al holandés, inglés y francés y que tuvo muchos lectores allende la Compañía de Jesús,<sup>22</sup> fue uno de varios estudios que escribió acerca de distintas regiones del mundo. Al igual que sus cofrades, quienes rogaban por que se les diera la oportunidad de viajar, Kircher sentía una gran curiosidad por el mundo entero. El conocimiento no tenía límites geográficos para un jesuita en Roma, durante el apogeo del proyecto evangélico de su orden religiosa. El éxito de la Compañía de Jesús al establecer una red misionera global para mediados del siglo XVII proporcionó una condición previa esencial para las ambiciones intelectuales de los eruditos jesuitas.<sup>23</sup> Entender cómo Kircher se hacía una visión del *orbis terrarum* no sólo nos ofrece una visión del significado cultural de la geografía en el siglo XVII, sino también nos ayuda a entender cómo dio forma a su enciclopedismo y a la reacción de sus lectores a su ambicioso proyecto de una historia total del conocimiento.<sup>24</sup> También nos ofrece una oportunidad sumamente singular de explorar las relaciones entre diferentes partes de las “Indias”, vasto terreno geográfico y en gran medida imaginario que adquiriría una condición concreta a medida que aumentaban el comercio, la conquista y la exploración, lo cual permitió a autores como Kircher nuevas e insospechadas oportunidades de hacer inteligible su geografía a los lectores de la modernidad temprana.

<sup>22</sup> La traducción al holandés vio la luz en 1668, seguida de dos versiones abreviadas en inglés en 1669 y 1673 y finalmente una traducción al francés con adiciones en 1670.

<sup>23</sup> Este aspecto ha sido destacado en trabajos como los de Steven J. Harris, “Confession Building, Long-Distance Networks, and the Organization of Jesuit Science”, *Early Science and Medicine*, vol. 1, 1996, pp. 287-318; *idem*, “Mapping Jesuit Science: The Role of Travel in the Geography of Knowledge”, en John O’Malley, Steven J. Harris y Gauvin Bailey (eds.), *The Jesuits: Cultures, Sciences, and the Arts, 1540-1773*, Toronto, University of Toronto Press, 1999, pp. 212-240, y Antonella Romano, “Arpenter la ‘vigne du Seigneur’? Note sur l’activité scientifique des Jésuites dans les provinces extra-européennes (XVI<sup>e</sup>-XVII<sup>e</sup> siècles)”, *Archives internationales d’histoire des sciences*, vol. 52, núm. 148, 2002, pp. 73-101.

<sup>24</sup> Las dimensiones intelectuales del proyecto de Kircher se examinan en obras como Valerio Rivoecchi, *Esotismo in Roma barocca: studi sul padre Kircher*, Roma, Bulzoni, 1982; Thomas Leinkauf, *Mundus combinatus: Studien zur Struktur der barocken Universalwissenschaft am Beispiel Athanasius Kircher, S.J. (1602-1680)*, Berlín, Akademie Verlag 1993; y Paula Findlen, “The Janus Faces of Science in the Seventeenth Century: Athanasius Kircher and Isaac Newton”, en Margaret J. Osler (ed.), *Rethinking the Scientific Revolution*, Cambridge, U. K., Cambridge University Press, 2000, pp. 221-246.

## EVALUACIÓN DEL NUEVO MUNDO

La comprensión que tenía Kircher de su mundo surgió a partir de su educación y la experiencia posterior como profesor de colegios jesuitas. Estudiaba mapas, leía relatos de viajes y cartas de los misioneros jesuitas, y tenía contacto directo con muchos de ellos.<sup>25</sup> El museo que Kircher creó en el Colegio Romano de 1651 a 1680 llegó a ser uno de los prominentes espacios en que se entrecruzaban los intereses jesuitas por Asia y América.<sup>26</sup> En su museo, una estatua de Confucio, una impresión calcada y una reproducción del monumento nestoriano (acompañados de libros que autenticaban su veracidad) y un sable japonés existían junto con artefactos como una tortuga marina de Brasil, un armadillo y una iguana de Nueva España, una macana de América del sur y —lo mejor de todo— un collar hecho de dientes humanos que Kircher consideraba la prueba definitiva del tipo de barbaridad depravada que imperaba entre los caníbales de Brasil.<sup>27</sup> Los agentes humanos de tales encuentros también tenían su lugar en la galería de retratos donde los visitantes podían contemplar imágenes del misionero Schall en China junto a su equivalente en Brasil, el misionero del siglo XVI Joseph Anchieta.<sup>28</sup> Cada objeto ayudaba a completar el retrato del mundo que Kircher componía; ofrecía un espectáculo inolvidable de lejanos continentes habitados por cristianos y bárbaros, llenos de reliquias, maravillas e invenciones humanas.

No obstante, dentro de esta aparente unidad y carácter completo de la enciclopedia kircheana había una laguna importante. Resulta extraño que Kircher nunca escribiera un libro sobre América. Algo todavía más intrigante es que nunca *intentó* escribir un libro sobre América; casi fue el único tema en el incipiente mapa moderno del conocimiento humano que no reivindicó como suyo. Pese al hecho de que Kircher se presentaba sistemáti-

<sup>25</sup> Josef Wicki, S.J., “Die *Miscellanea Epistolarum* des P. Athanasius Kircher, S.J. in Missionarischer Sicht”, *Euntes Docete*, vol. 21, 1968, pp. 221-254.

<sup>26</sup> Acerca del museo de Kircher, véanse Maristella Casciato, Maria Grazia Ianniello y Maria Vitale (eds.), *Enciclopedia in Roma barocca: Athanasius Kircher e il Museo del Collegio Romano tra Wunderkammer e museo scientifico*, Venecia, Marsilio 1986; Paula Findlen, *Possessing Nature: Museums, Collecting, and Scientific Culture in Early Modern Italy*, Berkeley, University of California 1994; *idem*, “Science, History, and Erudition: Athanasius Kircher’s Museum at the Collegio Romano”, en David Stolzenberg (ed.), *The Great Art of Knowing...*, *op. cit.*, pp. 17-26; *idem*, “Scientific Spectacle in Baroque Rome: Athanasius Kircher and the Roman College Museum”, en Mordechai Feingold (ed.), *Jesuit Science and the Republic of Letters*, Cambridge, MA, The MIT Press, 2002, pp. 225-284, y los ensayos reunidos en Lo Sardo (ed.), *Il Museo del Mondo...*, *op. cit.*

<sup>27</sup> Giorgio de Sepi, *Romani Collegii Societatis Iesu Musaeum Celeberrimum*, Amsterdam, ex Officina janssonio-waesbergiana, 1678, pp. 3, 7-10, 26-28, 34.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 7.

camente a sus lectores europeos como una fuente del conocimiento acerca de otros continentes y culturas, no consideraba al Nuevo Mundo digno de ser tratado como un tema por sí mismo. La preocupación de la mayor parte de su vida fue Egipto; escribió cinco libros sobre la sabiduría de los jeroglíficos egipcios entre 1636 y 1676, como compensación por su incapacidad de evangelizar en el Oriente Próximo.<sup>29</sup> China completaba su retrato del Oriente como un todo. En sus últimos años, centró su atención en la historia y arqueología de Italia y se regodeó escribiendo sobre dos de las regiones antiguas más importantes de la península italiana y su cariz moderno: Lazio y Etruria.<sup>30</sup> Pero Kircher no informó a sus lectores, siquiera una vez, que América merecía todo un libro. ¿Por qué sus listas de anuncios de libros que estaba escribiendo, publicadas con regularidad, no tienen referencias a historias de Nueva España o Brasil, o a estudios comparativos sobre los antiguos glifos del Nuevo Mundo?<sup>31</sup>

El descuido de Kircher hacia América no se debía a falta de información acerca del Nuevo Mundo. La Compañía de Jesús era tan activa allí como en Asia; las misiones del Nuevo Mundo produjeron una cantidad similar de importantes tratados eruditos, empezando por la *Historia natural y moral de las Indias* (1590) de José de Acosta, que publicó tras una prolongada experiencia en Nueva España y Perú, durante su labor misionera en esas regiones de 1572 a 1587.<sup>32</sup> Kircher conocía bien la historia de Acosta y la citó en obras como el *Mundo subterráneo* (1665) junto con otras historias escritas por los padres jesuitas.<sup>33</sup> Evidentemente, lo usó como base para algunos de sus comentarios preliminares acerca de la lengua y la escritura de los aztecas en obras como *Edipo egipcio* (1652-1655). Aun así, ni la historia de Acosta ni su contacto con misioneros lo animaron a considerar a América digna de un estudio enciclopédico.

<sup>29</sup> Véase especialmente Caterina Marrone, *I geroglifici fantastici di Athanasius Kircher*, Viterbo, Stampa Alternativa & Graffiti, 2002, y David Stolzenberg, *Egyptian Oedipus...*, *op. cit.*

<sup>30</sup> Athanasius Kircher, *Latium, id est, nova et parallela Latii tum veteris tum novi descriptio*, Amsterdam, 1671, *apud* Joannem Janssonium à Waesberge & hæredes Elizei Weyerstraet. La otra obra de Kircher, *Iter Hetruscam*, que tuvo muchos problemas con los censores, nunca llegó a la imprenta; no se ha hallado el manuscrito.

<sup>31</sup> Estas listas se examinan con detalle en Paula Findlen, *Athanasius Kircher...*, *op. cit.*, pp. 2-3. Véase un ejemplo en De Sepi, *Musaeum Celeberrimum...*, *op. cit.*, p. 61: "Elenchus librorum a P. Athanasio Kirchero".

<sup>32</sup> José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, edición de José Alcina Franch, Madrid, Las Rozas, 2002. En cuanto al contexto más amplio de este tratado, véase Antonello Gerbi, *La natura delle Indie nove: da Cristoforo Colombo a Gonzalo Fernandez de Oviedo*, Milán, Ricciardi, 1975.

<sup>33</sup> Athanasius Kircher, *Mundus subterraneus*, Amsterdam, 1665, *apud* J. Janssonium y E. Weyerstraten, vol. 1, p. 95; vol. 2, p. 208.

La omisión de América nos dice algo fundamental acerca de la cosmovisión de Kircher, que se refuerza al examinar disímiles artefactos del museo catalogados por Giorgio de Sepi en su obra de 1678. De hecho, China tenía sus “barbarismos”, como Kircher repetía insistentemente a sus lectores, pero también poseía un elaborado sistema político, una vigorosa cultura académica, una valoración de la ciencia y la tecnología y, ante todo, un monumento antiguo a la fe verdadera. Era un contraste radical, por ejemplo, en relación con su imagen de Brasil, tierra que abrigaba maravillas naturales intensamente extrañas y bellas y habitada por una humanidad degenerada. Entre ambas, en algún punto, se hallaban México, Japón y la India. En el museo de Kircher podemos imaginarlo pensando en el mundo, comparando sus diversas partes y hallando que algunas de ellas están incompletas a la luz del patrón que impuso para la escritura de la historia humana. América no era, lamentablemente, como Egipto, si bien incluyó una imagen de un templo azteca y una página de un códice en su *Edipo egipcio*.<sup>34</sup>

Para Kircher, los aspectos culturales e históricos de América simplemente eran una interesante nota a pie de página que se sumaba a las historias de Egipto y China. En el *Edipo egipcio*, por ejemplo, Kircher admirablemente declaró que los glifos de la escritura azteca eran definitivamente inferiores a los egipcios, un lenguaje simbólico imperfecto. Igualmente, sus templos eran pirámides mal hechas. Diez años después, repetiría tales comentarios en su discusión sobre la escritura glífica no egipcia en su *China ilustrada*.<sup>35</sup> Si regresamos a las páginas de este último libro, vemos que Kircher ofrece una comparación definitiva entre China y América en cuanto a la llegada del cristianismo. En México, escribió Kircher, había llegado en la forma de una profecía prehispánica sobre la llegada de extraños provenientes de Oriente, quienes, con la cruz, conquistarían todas las sociedades de América central. En Chile apareció como un árbol con forma de cruz.<sup>36</sup> Como en cada parte del mundo, América había tenido un anuncio del cristianismo, pero no albergaba monumentos a la fe verdadera anteriores a la llegada de los europeos. Profecías y señales anunciaban su llegada. En cambio, China, como proclamaba Kircher a sus lectores en el título de su libro, podía ser “ilustrada mediante sus monumentos, sagrados y profanos”. La antigüedad del monumento sino-siríaco, como la antigüedad aún más dudosa del *Corpus Hermeticum*, hacía de China un lugar distinto a América, porque tenía un pasado cristiano verificable.

<sup>34</sup> Athanasius Kircher, *Oedipus Aegyptiacus*, Roma, Ex typographia Vitalis Mascardi, 1652-1655, vol. 1, p. 422; vol. 3, p. 33.

<sup>35</sup> Athanasius Kircher, *China illustrata...*, *op. cit.*, p. 225 ss.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 35.

Básicamente, América no podía equipararse a las otras sociedades que poblaban el universo de Kircher porque no constituía una civilización antigua, según los patrones mediante los cuales desarrolló este concepto, aun cuando América tenía una historia humana verificable.<sup>37</sup> Al observar su paisaje moderno, no consideraba que fuera un paraíso para el erudito, preñado de materiales para la indagación intelectual —imagen sustentada por sus antiguos estudiantes y por otros misioneros que le escribían de América cartas que expresaban su añoranza por regresar a Roma, aunque había otros que encontraban exactamente lo que querían en el Nuevo Mundo—. En contraste, el denominador común en cuanto a una cultura libresca compartida entre Europa y Asia —tema consolidado en muchos escritos jesuitas del siglo XVII— hizo que la admiración del emperador de China por la imprenta y el grabado sobre planchas de cobre europeos fuera el resultado natural de una inversión mutua en el conocimiento. Escrupulosamente, Kircher calculó el número de libros que los jesuitas habían traducido para sus lectores chinos hacia 1640 —en total 340— no sólo para recordar a su público el singular papel de su orden en la transmisión del saber europeo a Asia, sino para subrayar el deseo nativo de adquirir conocimiento en esa parte del mundo.<sup>38</sup> Si no conocía el mito chino de la gran biblioteca jesuita de siete mil libros que languidecía en Macao en la década de 1620 a la espera de ser transportada a China, donde supuestamente reuniría el saber de Oriente y Occidente, en todo caso veía a China como un terreno fértil para la conversión de los sabios.<sup>39</sup> Al mismo tiempo, transmitía la admiración de los jesuitas hacia la élite académica de China, al representar a Ricci y a Schall vestidos como mandarines, evidencia documental del aprecio mutuo al conocimiento que hacía que “el camino entre Europa y China” fuera una de las rutas más directas para llegar a las Indias.<sup>40</sup>

<sup>37</sup> Acerca de este tema, véase en especial Dino Pastine, *La nascita dell'idolatria: l'Oriente religioso di Athanasius Kircher*, Florencia, La Nuova Italia, 1978. El ámbito más general del territorio americano y la escritura de la historia humana se explora en obras como Anthony Pagden, *The Fall of Natural Man: The American Indian and the Origins of Comparative Ethnology*, Cambridge, U. K., Cambridge University Press 1982; y Anthony Grafton, Nancy Siraisi y April Shelford, *New Worlds, Ancient Texts: The Power of Tradition and the Shock of Discovery*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1992.

<sup>38</sup> Athanasius Kircher, *China illustrata...*, *op. cit.*, pp. 105, 121.

<sup>39</sup> Eric Zürcher, “China and the West”, p. 57. La biblioteca mencionada era, con toda probabilidad, una colección mucho más pequeña destinada al servicio de los jesuitas en China, más que un tributo a la erudición china. El artículo de Zürcher es una buena introducción al tema de una cultura libresca general compartida.

<sup>40</sup> Athanasius Kircher, *China illustrata*, *op. cit.*, p. 77. Véase el grabado que está antes de la portada del libro de Kircher que muestra a Ricci y a Schall, así como el retrato de este último entre las páginas 112 y 113.

Los eruditos de América no sobresalían de la misma manera para Kircher, aunque ciertamente conocía a algunos de ellos y ellos lo conocían a él. De los chinos, afirmaba que el único campo del saber en el que eran inferiores a los europeos era el de la óptica, la ciencia de la iluminación que consideraba una especie de teología natural.<sup>41</sup> No prodigaba elogios similares a los productos intelectuales indígenas de América, como tampoco queda claro que podía imaginar conocimiento alguno —*scientia*— que emanara de las culturas anteriores a la conquista. Estas diferencias se confirman en su juicio sobre otros tipos de mercancías que los europeos llevaban de Asia y América. En uno de los fragmentos más reveladores de la *China ilustrada*, Kircher compara las bebidas del mundo. El chocolate novohispano, el café turco y el té chino pasaron por su paladar. Sabemos que llegó a tener un gran gusto por el chocolate, pues sus corresponsales le enviaban embarques a Roma desde Nueva España.<sup>42</sup> Pero las virtudes de las bebidas novohispana y otomana palidecían en comparación con los méritos del té. Los misioneros llevaron a Roma el té, bebida ideal para el estudioso. Kircher escribió con admiración sobre sus propiedades diuréticas, y nota que “abre maravillosamente los riñones” y “libera la cabeza de sus vapores”. Mientras el chocolate y el café eran placeres limitados, el té, sin sus peligros a la salud, era una bebida universal que se podía disfrutar todo el año. Kircher alardeaba que si se bebía té hasta “cien veces al día”, los eruditos podían volverse más productivos, pues sería posible trabajar por la noche.<sup>43</sup> Reprodujo con admiración una imagen de esta planta como una de las maravillas de Asia (figura X).

A la luz de estos comentarios, es una tentación imaginar a Kircher en Roma con una taza de té sin fondo en la mano mientras acababa de escribir su *Edipo egipcio* y sus demás obras de las décadas de 1650 y 1660. La franca adicción al chocolate mexicana no era muy diferente del collar del caníbal brasileño en su museo: una experiencia vívidamente singular. En cambio, el té era como una calca de un monumento: una bebida lenta, amarga, que se hacía más placentera a medida que uno se compenetraba más con ella. Era,

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 169. Acerca de la óptica en Kircher, véase Saverio Corradino, “L’*Ars magna lucis et umbrae*’ di Athanasius Kircher”, en *AHSI*, vol. 62, 1993, pp. 249-279.

<sup>42</sup> Ignacio Osorio Romero, *La luz imaginaria: epistolario de Atanasio Kircher con los novohispanos*, México, UNAM, 1993, pp. 5, 49-50.

<sup>43</sup> Athanasius Kircher, *China ilustrada...*, *op. cit.*, pp. 179-180. Haun Saussy también examina el papel del té en la obra sobre China de Kircher en “The Universe in a Cup of Tea”, pp. 112-113; véase también Florence Hsia, “Athanasius Kircher’s *China ilustrada*”, p. 393. Acerca de la historia de las bebidas exóticas en la Europa de la primera modernidad véase Wolfgang Schivelbusch, *Tastes of Paradise: A Social History of Spices, Stimulants, and Intoxicants*, trad. David Jacobson, Nueva York, Pantheon, 1992, y Piero Camporesi, *Exotic Brew: The Art of Living in the Age of Enlightenment*, trad. Christopher Woodall, Cambridge, U. K., Polity Press, 1998.



FIGURA X El *cià* o planta del té, como aparece representada en la *China illustrata* de Kircher (Ámsterdam, 1667), p. 179. Con autorización del Department of Special Collections, Stanford University Libraries

de manera fundamental, un indicador de por qué escribió todo un libro sobre Asia, mientras sus comentarios sobre América se limitaban a descripciones de sus maravillas naturales y breves notas de sus artefactos humanos en sus enciclopedias sobre China y Egipto. Como su contemporáneo Bartoli, Kircher se regodeaba en las lecciones morales de la geografía y expresaba tales sentimientos en la forma de una enciclopedia mundial.<sup>44</sup>

China era un paisaje humano bastante poblado y complejo, mientras que América, ante los ojos de muchos jesuitas, era un territorio en que pululaban predominantemente maravillas naturales y almas simples que necesita-

<sup>44</sup> Daniello Bartoli, *Della geografia trasportata al morale*, Bolonia, A. Malatesta, 1672. Acerca de la naturaleza del enciclopedismo en esta época, véase Cesare Vasoli, *Enciclopedismo nel Seicento*, Nápoles, Bibliopolis, 1978.

ban ser convertidas. Entender la naturaleza americana —“aquellas cosas naturales que [...] traen de las Indias”—<sup>45</sup> era muy importante para el proyecto de Kircher. Se sirvió del vasto conocimiento misionero acumulado para llevar a cabo esta parte de su obra, en donde únicamente destacó este aspecto del ambicioso proyecto de Acosta de estudiar la naturaleza, historia, costumbres y lenguas de las Indias; se apoyó en gran medida en otras historias naturales españolas de las Indias para completar su retrato del Nuevo Mundo. La visión de América de Kircher adquirió una forma más nítida en su mayor enciclopedia de la naturaleza, el *Mundo subterráneo*. Tras alabar el trabajo de los geógrafos que trazaron el mapa del *orbis terrarum*, Kircher anunciaba orgulloso que este libro proporcionaría una cartografía interior correspondiente, un mapa de lo que yacía bajo la superficie de la tierra.<sup>46</sup> Pero, desde luego, la superficie misma brindaba pistas clave acerca de la naturaleza del interior. A Kircher le parecía especialmente fascinante la singular topografía de América. Aparte de admirar la vastedad del Amazonas, la extensión sin fin de las Pampas y las alturas todavía no cuantificadas de los Andes, su atención se enfocaba particularmente en los volcanes americanos. Solamente en Chile contó catorce volcanes y en el territorio de Nueva España observó tres activos. “Ninguna otra parte del mundo ostenta tan famosas fraguas de Vulcano como América”, fue su conclusión<sup>47</sup> (figura XI). También América tenía sus monumentos, pero estaban hechos de tierra y fuego, como el Etna y el Vesubio, cuyas erupciones habían inspirado a Kircher en su juventud a emprender la investigación del mundo subterráneo.<sup>48</sup> Su geografía permitía a los filósofos naturales ver la naturaleza al desnudo de una manera que los ambientes más civilizados, al menos según los entendía Kircher, no lo permitían.

América también era una naturaleza que había que domar para hacerla dócilmente productiva a manos de los exploradores, conquistadores y misioneros europeos. “Hoy en día, no queda casi nada en el mundo que no haya sido observado, sin embargo, por las más célebres expediciones de los portugueses, españoles, ingleses y holandeses”, observaba Kircher en *El imán o el arte magnético* (1641).<sup>49</sup> La acumulación de información para el imperio

<sup>45</sup> Gioseffo Petrucci, *Prodromo apologetico alli studi chircheriani*, Ámsterdam, Presso li Janssonio-Waesberj, 1677, p. 1.

<sup>46</sup> Athanasius Kircher, *Mundus subterraneus...*, *op. cit.*, vol. 1, sig. \*\*v.

<sup>47</sup> *Ibid.*, vol. 1, p. 75; véanse también las pp. 74, 84, 95 para otros datos resumidos aquí.

<sup>48</sup> Véase una introducción general a la génesis y metas del *Mundus subterraneus* en Tara Nummedal, “Kircher’s *Subterranean World* and the Dignity of the Geocosm”, en Daniel Stolzenberg (ed.), *The Great Art of Knowing...*, *op. cit.*, pp. 37-47.

<sup>49</sup> Athanasius Kircher, *Magnes sive de arte magnetica*, Colonia, 1643, *apud* Iodocum Kalcoven, p. 379.



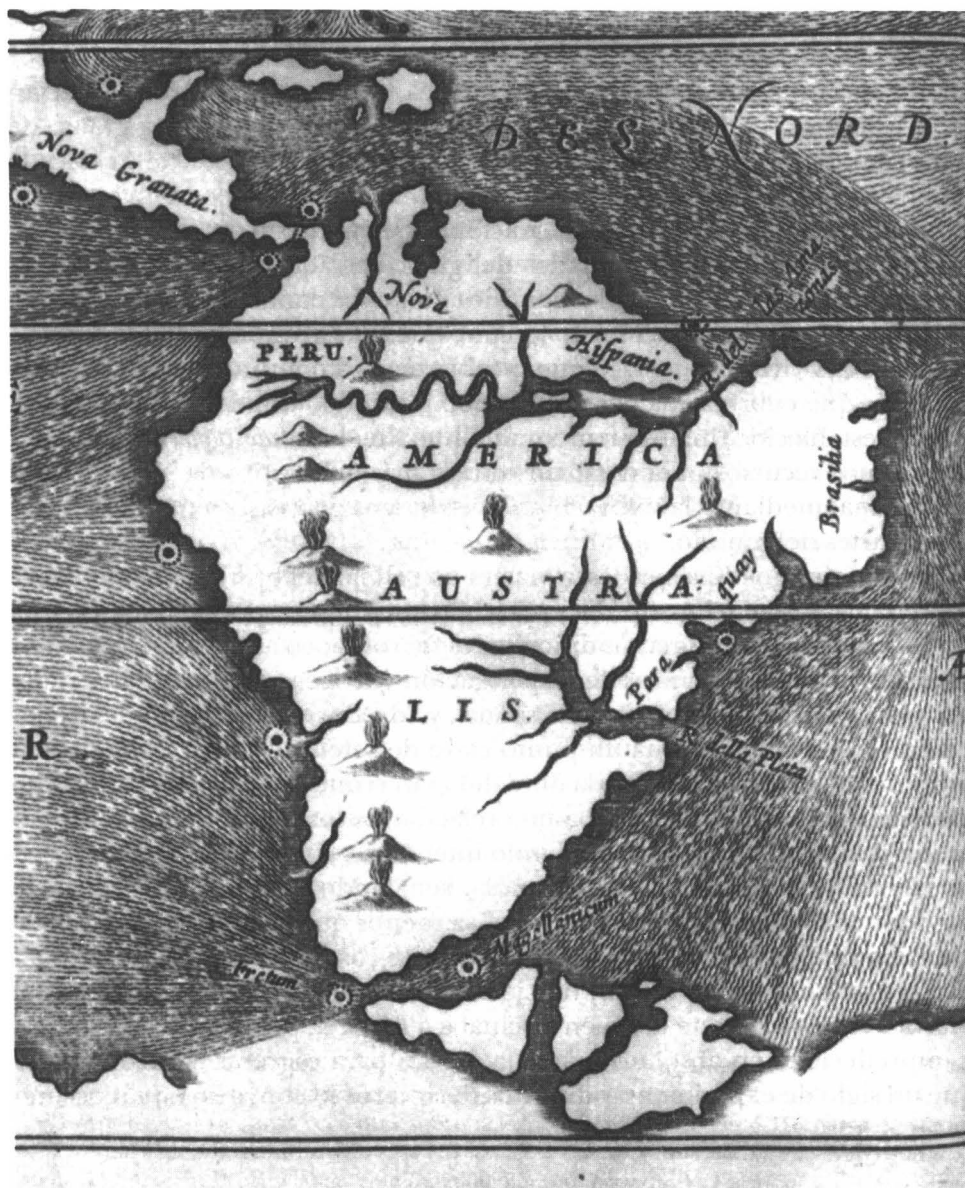


FIGURA XI. Tabla hidro-geográfica de los movimientos de las corrientes oceánicas, abissos y volcanes de América meridional. Tomado de Athanasius Kircher, S.J., *Mundus subterraneus* (Ámsterdam, 1665), vol. 1, entre las pp. 124 y 125. Con autorización del Department of Special Collections, Stanford University Libraries

llevada a cabo por varias naciones europeas que sometían a varias partes del mundo, junto con los esfuerzos sistemáticos de los misioneros jesuitas por reunir información acerca de la naturaleza de las regiones donde hacían labores de proselitismo, hizo posible la creación de un sistema global de conocimiento natural. Kircher usó estos materiales a fines de la década de 1630 y principios de la siguiente para construir una “geografía magnética” que reflejara las mejores observaciones hechas hasta ese momento, con lo cual los rincones más apartados del globo terráqueo resultaban tan importantes para la investigación científica como los conocidos centros de París y Londres.<sup>50</sup> Su obra reunía los trabajos de astrónomos, matemáticos, misioneros y virtuosos, con lo que creaba una red continua de longitudes y latitudes que cubría cada parte del globo terráqueo donde los europeos se habían establecido, incluso temporalmente. En el *Mundo subterráneo* apeló a los mismos recursos para crear un retrato más exhaustivo de la naturaleza americana, mediante la valoración de sus rasgos geofísicos en relación con otras partes del mundo.

La América que Kircher describía era un reflejo del tipo de conocimiento sobre este continente que preocupaba más a sus observadores. Era una costa de corrientes oceánicas cuyas dificultades fueron poco a poco superadas por la experiencia y las técnicas de la navegación europea. Al describir los viajes “de Portugal o España a Nueva España” y “de Europa a Canadá”, Kircher hizo de la costa americana un punto clave de referencia para entender los movimientos del mar. Al citar la obra del gran cronista de las Indias del siglo xvi, Fernández de Oviedo, daba una relación de los problemas que los primeros marineros enfrentaban cuando intentaban hacer la travesía de regreso saliendo de Cuba o de la Española, señalando que era casi imposible regresar “de México o Perú a Europa”, a menos que uno evitara completamente sus peligrosas corrientes bordeando las costas de Virginia y Florida.<sup>51</sup> El agua de América no era tan traicionera como el envolvente remolino del *Maelstrom* noruego, que también fascinaba a Kircher, pero era desenfrenada e impredecible, en absoluto una ruta segura para regresar a Europa hasta que un siglo de experimentar distintos derroteros lo convirtió en un océano navegable.

<sup>50</sup> Michael John Gorman examina las consecuencias de esta actitud hacia la información para el siglo siguiente en “The Angel and the Compass: Athanasius Kircher’s Geographical Project”, en Paula Findlen (ed.), *Athanasius Kircher...*, *op. cit.* La carta de Ignacio de Loyola de 1554 que aconseja a los misioneros informar a Roma sobre aspectos interesantes de las cosas naturales que fueran encontrando se publicó en Donald Lach, *Asia in the Making of Europe*, vol. 1, *The Century of Discovery*, Chicago, University of Chicago Press, 1965, t. 1, p. 319.

<sup>51</sup> Athanasius Kircher, *Mundus subterraneus...*, *op. cit.*, vol. 1, pp. 123, 144.

La América subterránea también cedía su riqueza. Un paisaje sin fin de volcanes dio paso a los relatos de la “maravillosa fertilidad de las minas de oro y plata descubiertas en Perú, el Nuevo Reino, y Nueva España en América a partir de las relaciones de los padres de la Compañía de Jesús”.<sup>52</sup> Kircher las comparaba con las minas alemanas y húngaras que también tenían un lugar en el *Mundus subterraneus*. En especial, citaba la descripción de Acosta del Potosí como prueba de la extraordinaria fecundidad del Nuevo Mundo, lo cual lo convertía en el ejemplo supremo de cómo el conocimiento y la pericia europeos podían extraer los mejores elementos de la naturaleza americana. Entendía que la conquista de la naturaleza era esencial para el proyecto europeo de colonizar y cristianizar al Nuevo Mundo, habiendo aprendido esta lección de sus cronistas del siglo xvi.<sup>53</sup> Si bien la historia de la fe y del conocimiento humanos suministraba una base para la conversación y la conversión en Asia, el conocimiento natural hacía que América fuera comprensible y útil para los europeos.

Sin embargo, América era esencialmente un paisaje deshabitado e impredecible para Kircher, el cual sólo en forma gradual podía llegar a entenderse en relación con esa otra mitad de las Indias. No estaba listo para escribir una enciclopedia completa de América porque era muy poco lo que se sabía. El año que terminó su *China ilustrada*, también se dio tiempo para escribir un nuevo libro titulado *El reino magnético de la naturaleza* (1667). Le dio una vez más otra oportunidad para reseñar la extrañeza del Nuevo Mundo, y entonces describió sus peces-torpedo, brillantes conchas y raíces medicinales y terapéuticas (la materia del último artículo tomada de la ingente obra de investigación del médico de la corte española Francisco Hernández que llevó a cabo en los años setenta del siglo xvi, sobre las propiedades medicinales de plantas y animales de Nueva España).<sup>54</sup> Kircher escribió breves pasajes acerca de las plantas originales de las Américas con el objetivo de com-

<sup>52</sup> *Ibid.*, vol. 2, p. 208.

<sup>53</sup> Antonello Gerbi, *La natura delle Indie nove...*, op. cit.; Raquel Álvarez Peláez, *La conquista de la naturaleza americana*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1993.

<sup>54</sup> Entre los trabajos más recientes sobre la expedición de Francisco Hernández véanse José Enrique Campillo Álvarez, *Francisco Hernández: el descubrimiento científico del Nuevo Mundo*, Toledo, Diputación Provincial de Toledo, 2000; Simon Varey (ed.), *The Mexican Treasury: The Writings of Dr. Francisco Hernández*, trad. Rafael Chabrán, Cynthia L. Chamberlin y Simon Varey, Stanford, Stanford University Press, 2000; Simon Varey, Rafael Chabrán y Dora B. Weiner (eds.), *Searching for the Secrets of Nature: The Life and Works of Dr. Francisco Hernández*, Stanford, Stanford University Press, 2000; y José María López Piñero y José Pardo Tomás, *Nuevos materiales y noticias sobre la Historia de las plantas de Nueva España de Francisco Hernández*, Valencia, Instituto de Estudios Documentales e Históricos sobre la Ciencia, Universitat de València-C.S.I.C., 1994.

pararlas con las raíces curativas milagrosas más conocidas y los huevos de serpientes descubiertos por los misioneros en la India. Este último producto se usaba, aunque en forma por demás controvertida, para curar mordeduras venenosas, por la supuesta capacidad de los huevos de absorber el veneno de una herida.<sup>55</sup> Se preguntaba si América albergaba medicinas tan potentes. En semejantes comparaciones, la unidad imaginada de las Indias hacía que Asia fuera, una vez más, la medida de América.

Diez años después, Kircher concluyó su fragmentaria historia de la naturaleza americana en una obra publicada por uno de sus discípulos: *El proemio apologético a los estudios kircheanos* (1677) de Gioseffo Petrucci. Para entonces, los huevos de serpiente de la India ya habían hecho el largo viaje de Asia a América de la mano de los misioneros jesuitas, quienes investigaban su potencial terapéutico fuera de su ambiente nativo. Stansel, el filósofo misionero que aún deseaba haber ido a China en lugar de a Brasil, estaba encantado con informar a Roma que los huevos de serpiente curaron a un “indio” mordido por una serpiente.<sup>56</sup> Los objetos naturales de las Indias, dicho de otro modo, viajaban con éxito de Oriente a Occidente gracias al ingenio de los misioneros jesuitas, quienes disfrutaban analizar cuán global era en verdad la naturaleza.

Muchos pasajes del *Proemio apologético* de Petrucci se apoyaban profusamente en una obra inédita de Stansel, *El mercurio brasileño o la economía del firmamento y sol de Brasil*, cuyo manuscrito conservaba Kircher en el museo del Colegio Romano. Tras alabar a Stansel por divulgar los secretos de la naturaleza americana a su maestro en Roma, Petrucci describió el activo papel que desempeñó Stansel en el entendimiento que Kircher tenía del continente americano. No sólo fue una fuente vital de información acerca de la naturaleza del Nuevo Mundo, sino un erudito deseoso de explorar las teorías científicas más controvertidas de su época en el escenario americano. Después de ser testigo de los experimentos de Kircher sobre la generación espontánea realizados en Roma en 1656, Stansel reafirmó el argumento de aquél sobre la existencia de la generación espontánea en sus observaciones de pequeños animales que creía se formaban en los procesos de putrefacción en Brasil.<sup>57</sup> También creía en la eficacia de los huevos de serpiente, en parte porque Kircher había proclamado su efecto en experi-

<sup>55</sup> Athanasius Kircher, *Magneticum naturae rerum sive Disceptatio physiologica*, Roma, Typis Ignatii de Lazaris, 1667, pp. 50-57, 95, 119, 128. Más sobre la controversia en torno a las propiedades terapéuticas de los huevos de serpiente puede verse en Martha Baldwin, “The Snakestone Experiments: An Early Modern Medical Debate”, *Isis*, vol. 86, 1995, pp. 394-418.

<sup>56</sup> Gioseffo Petrucci, *Prodromo apologético...*, *op. cit.*, p. 63.

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 38.

mentos llevados a cabo en el Colegio Romano. O sea, Stansel veía a América a través del lente intelectual de su maestro en Roma. Sometió su *Mercurio brasileiro* al juicio de Kircher en 1664 porque creía que su visión de América no podía ir a la imprenta si no obtenía el imprimátur de Roma. Cuando los censores jesuitas decidieron no publicarlo por razones que aún no se aclaran, aunque lo más probable es que haya sido por los aspectos poco ortodoxos de la astronomía y filosofía de Stansel, Kircher extrajo algunos de los materiales menos controvertidos que apoyaban sus teorías acerca del mundo natural.<sup>58</sup>

En opinión de Kircher, Stansel era un observador modelo de la naturaleza. Sus escritos ofrecían un ejemplo importante del papel crucial que tenían “las relaciones entre hombres dignos de fe” en la labor de expandir el conocimiento europeo acerca de “climas desconocidos, las costumbres de naciones extrañas y las prodigiosas operaciones de la Naturaleza que sobrepasan nuestros sentidos”.<sup>59</sup> Por esta razón, Kircher estaba dispuesto a suspender su juicio acerca del relato de Stansel del monstruo marino brasileño, pues, como él mismo escribió, “me prestaría a convertirme en chino si no creyera aquellas cosas que, sin ser repugnantes a la Naturaleza, no puedo evaluar por experiencia propia”<sup>60</sup> (figura XII). Recordaba a sus lectores que había unos peces chinos que cambiaban de forma y los comparaba a los igualmente sorprendentes relatos de Stansel de las sirenas americanas. Dudar mucho, por decirlo de otro modo, era tan peligroso para la verdad como dudar poco, en especial cuando las dos mitades de las Indias producían maravillas que desafiaban el entendimiento puro. No se podía negar un relato confiable de la naturaleza americana, por más fabulosas que fueran algunas de sus partes, sin echar por tierra toda la fábrica del conocimiento. Podía ser que América no fuera tan fácil de entender como otras partes del mundo, pero poco a poco se poblaba de observadores cuyas habilidades tenían una especie de universalidad que Kircher no quería socavar. De chino incrédulo no tenía ni un pelo.

<sup>58</sup> *Ibid.*, p. 63. Véase otro examen de las fortunas del *Mercurius Brasilicus, sive Coeli & Soli Brasiliensis Oeconomia* de Stansel en Carlos Ziller Camenietzki, “Celestial Pilgrimages”, p. 252. Stansel siguió preguntando a Kircher acerca de su posible publicación hasta 1674; véase APUG, Kircher, ms. 566, f. 183 (Stansel a Kircher, 20 de abril de 1674).

<sup>59</sup> Gioseffo Petrucci, *Prodromo apologetico...*, *op. cit.*, p. 108.

<sup>60</sup> *Ibid.*, p. 141. Más acerca del fabuloso monstruo *Ypupiara* puede verse en Carlos Ziller-Camenietzski y Carlos A. Zeron, “Quem conta um conto aumenta um ponto: o mito do Ipu-piara, a natureza americana e as narrativas da colonização do Brasil”, *Revista de Indias*, vol. 60, 2000, pp. 111-134.



FIGURA XII. El monstruo marino de Brasil descrito por Valentin Stansel a Athanasius Kircher, S.J. Tomado de Gioseffo Petrucci, *Prodromo apologetico alli studi chircheriani* (Ámsterdam, 1677), p. 141. Con autorización del Department of Special Collections, Stanford University Libraries

## SER LEÍDO EN AMÉRICA

Aun cuando Kircher escribió poco sobre América, gustaba mucho entre sus lectores del Nuevo Mundo.<sup>61</sup> En 1689, por ejemplo, el jesuita Alonso Ramos usó la *China ilustrada* de Kircher para reconstruir la vida de Catarina de San Juan, una figura mística y profética de Nueva España que nació en la India, fue raptada por piratas portugueses, vendida como esclava en Manila y finalmente libertada en Nueva España.<sup>62</sup> Este singular ejemplo de una lectura americana de Kircher sugiere la dirección básica de mis comentarios acerca de la geografía de leer libros jesuitas. Kircher fue una entre varias autoridades que llegaron a ocupar su sitio en las bibliotecas del Nuevo Mundo por cuanto escribió ampliamente sobre disímiles temas. Si bien no tenía la profundidad del examen de Roberto Nobili sobre la India, la *China ilustrada* de Kircher al menos ofrecía alguna guía de cómo un confesor jesuita podía describir el sur de Asia a sus lectores americanos.<sup>63</sup> Partiendo de aquí, debemos concluir que Kircher era leído en Nueva España, en parte, porque escribió sobre China.

Ya en los primeros años de la década de 1640, los misioneros jesuitas comenzaron a viajar con los libros de Kircher. Los llevaron a todas partes del mundo. Kircher anunciaba con orgullo que sus libros de hecho se podían hallar “en África, Asia y América”.<sup>64</sup> Su libro sobre China llegó a América y sus libros sobre Egipto fueron enviados a China. Para fines de la década de 1650, por ejemplo, la biblioteca del colegio jesuita de Puebla albergaba una colección bastante respetable de las obras de Kircher, y no era la única en América.<sup>65</sup> La misión a China de 1656 llevaba consigo una docena de ejemplares de su *Edipo egipcio* así como otros cuatro libros de su autoría sin especificar. En cambio, el misionero jesuita Albert d’Orville eligió llevar 24 ejemplares de *La creación musical universal* (1650) en un viaje anterior al Oriente. En algún momento, la *China ilustrada* de Kircher también parece haber llegado a China, pues un artista chino

<sup>61</sup> Este tema se examina con más amplitud en Roswitha Kramer, “...ex ultimo angulo orbis’: Atanasio Kircher y el Nuevo Mundo”, en Karl Kohut y Sonia V. Rose (eds.), *Pensamiento europeo y cultura colonial*, Frankfurt, Vervuert, 1997, pp. 320-377; Clara Bargellini, “Athanasius Kircher e la Nuova Spagna”, en Eugenio Lo Sardo, *Athanasius Kircher...*, op. cit., pp. 86-91, y Paula Findlen, “A Jesuit’s Books in the New World”. Este último trabajo mío es la base, en parte, de la presente sección.

<sup>62</sup> J. Michelle Molina, “True Lies: Athanasius Kircher’s *China Illustrata* and the Live Story of a Mexicans Mystic”, en Paula Findlen (ed.), *Athanasius Kircher...*, op. cit., pp. 365-382.

<sup>63</sup> Véase Inès G. Zupanov, *Disputed Mission: Experiments and Brahmanical Knowledge in Seventeenth-Century India*, Oxford, Oxford University Press, 1999.

<sup>64</sup> APUG, Kircher, ms. 561, f. 79r (Kircher a Joannes Jansson, s. f.); ms. 568, f. 73r (Albert d’Orville, Lisboa, 18 de octubre de 1656).

<sup>65</sup> Véase un examen más amplio de estas colecciones en Findlen, “A Jesuit’s Books...”.

copió y mejoró el retrato de Schall varias décadas después de la publicación del libro e hizo más auténticos los detalles del atuendo mandarín de Schall.<sup>66</sup> Entender la recepción de las obras de Kircher en este contexto más amplio nos ayuda a completar el retrato de su geografía cultural. Fuera de Europa halló lectores que lo admiraban y que lo criticaban, quienes examinaron sus obras a la luz del conocimiento autóctono de su propio mundo.

En ningún otro lugar resulta esto más palpable que en el Nuevo Mundo. Las obras de Kircher impresionaban, inspiraban y frustraban a sus lectores americanos. Eran depositarias esenciales del conocimiento porque reunían tanto saber que lectores lejanos de la riqueza de las bibliotecas e imprentas europeas, de otro modo, no conocerían. Sus libros brindaban bibliografías definitivas y actualizadas acerca de prácticamente cualquier tema, intrigantes descripciones de lugares y cosas e imágenes bellamente grabadas de antigüedades, curiosidades e instrumentos: una *Wunderkammer* visual, regalo para los ojos. Un lector americano se mostró vivamente impresionado por la calidad intensamente visual de las enciclopedias de Kircher, a tal grado que declaró que su impresor, Johannes Jansson, debía de ser el mejor editor del mundo.<sup>67</sup> No es de sorprender que varios autores en ciernes del Nuevo Mundo, entre ellos Stansel, escribieran a Kircher para pedirle su consejo en asuntos de edición. La lectura de Kircher les daba ideas acerca de cómo transmitir su propio conocimiento del mundo de América a Europa.

Tomemos un ejemplo especialmente convincente: el caso del sacerdote criollo Alejandro Favián (nacido en 1624). Favián, que no era jesuita, se benefició directamente de la presencia de los libros de Kircher en la biblioteca del colegio jesuita de Puebla. Comenzó a leerlos hacia 1661. Su contenido lo animó a trabar correspondencia con el padre Atanasio para decirle lo importante que era su erudición para el logro de sus propias ambiciones. Favián sentía que por fin había encontrado el mentor que siempre quiso y que le ayudaría a llevar a buen fin sus propias investigaciones en la ciencia, el arte y la tecnología. Kircher se convirtió en su musa europea: “[D]igo, de verdad *absque exaggeratione*, que en mi vida me ha sucedido cosa más admirable”.<sup>68</sup>

Tras su primer contacto con Kircher, Favián redactaba periódicamente listas de enciclopedias que necesitaba y faltaban en Nueva España, y las en-

<sup>66</sup> John Fletcher, “Athanasius Kircher and the Distribution of His Books”, pp. 110, 112; Chang Sheng-Ching, “Das Porträt von Johann Adam Schall in Athanasius Kirchers *China illustrata*”, en Roman Malek (ed.), *Western Learning...*, op. cit., vol. 2, pp. 1006, 1035.

<sup>67</sup> Por supuesto, este lector era Alejandro Favián. Véase Ignacio Osorio Romero, *La luz imaginaria...*, op. cit., p. 25. Un examen más detenido de la historia editorial de las obras de Kircher puede verse en Olaf Hein, *Die Drucker und Verleger der Werke des Polyhistor Athanasius Kircher, S.J.*, Colonia, Böhlau, 1993.

<sup>68</sup> Ignacio Osorio Romero, *La luz imaginaria...*, op. cit., pp. 8-9.



viaba a Roma. Deseoso de obtener sus propios ejemplares de las obras de Kircher, ya no quería depender de la biblioteca del colegio de Puebla para consultar tal información. Quería conocer los secretos de las mejores hazañas tecnológicas de Kircher: sus relojes, sus demostraciones magnéticas, sus aparatos ópticos y sus instrumentos musicales mecanizados. Suspiraba por tener un telescopio para poder observar las estrellas. Ansiaba emular a Kircher desarrollando su propia filosofía natural, y expresó gran interés en materias como óptica, acústica y criptografía, todas importantes para la concepción de la ciencia de su maestro jesuita. En suma, prácticamente no había aspecto de la obra de Kircher que escapara a la atención de Favián.

Favián escribió asiduamente a Kircher hasta 1674. Envío dinero para comprar libros e instrumentos, muestras de sus propios escritos, fragmentos de códices aztecas, chocolate, bellas conchas y otras curiosidades americanas como el pez-torpedo que fue exhibido en el museo del Colegio Romano.<sup>69</sup> Se obsesionó por lograr la reproducción material del mundo de Kircher y describió con orgullo el museo que erigió “a imitación del de Vuestra Reverencia”. Lo único que le faltaba eran los artefactos de la ciencia —relojes, telescopios, microscopios, máquinas magnéticas y otros curiosos instrumentos que constituían los pilares del museo de Kircher, porque el Nuevo Mundo, como observó Favián, no tenía suficientes artesanos que supieran cómo hacer “cosas también artificiosas”.<sup>70</sup> La lectura de las enciclopedias kircheanas lo introdujo en un mundo de papel de máquinas que consideraba indispensables para la consecución de sus propias ambiciones intelectuales en Puebla. En cuanto a esto, no se diferenciaba mucho del emperador chino, quien, según decía Kircher a sus lectores, en conversaciones con Schall “condescendía a contemplar raras cosas europeas”.<sup>71</sup>

Sagazmente, Favián sabía cuál era el valor de lo que pudiera ofrecer a Kircher. Si éste lo ayudaba a crear un gabinete europeo de curiosidades que compitiera con el del Colegio Romano, a cambio Favián prometía “adornar el suyo con las cosas más singulares que por acá hallare”.<sup>72</sup> Y cumplió su promesa. En 1667 Kircher hizo público su agradecimiento a Favián por haberle “transmitido cosas de gran valor para mí provenientes del Nuevo Mundo”.<sup>73</sup> A cambio de enviarle maravillas americanas a Europa, Favián anticipó el

<sup>69</sup> Giorgio de Sepi, *Museum Celeberrimum...*, op. cit., p. 27: “*Torpedo marina*. Fuit superioribus annis *Kircherianum Musaeum* peregrinis rebus compluribus ditatum ab *Alexandro Fabiano*, Mexicani regni incola...”.

<sup>70</sup> Ignacio Osorio Romero, *La luz imaginaria...*, op. cit., p. 46.

<sup>71</sup> Athanasius Kircher, *China illustrata...*, op. cit., p. 105.

<sup>72</sup> Ignacio Osorio Romero, *La luz imaginaria...*, op. cit., p. 47. Véase la nota 25 para trabajos sobre el museo de Kircher.

<sup>73</sup> Athanasius Kircher, *Magneticum naturae regnum...*, op. cit., p. 11.

surgimiento de una América científica que se organizara por sí misma en torno a colecciones de libros y máquinas europeas como el reloj que Kircher envió a éste, su corresponsal del Nuevo Mundo, en 1662.<sup>74</sup> Concibió este proyecto al pasar las grandes hojas foliadas de los libros de Kircher, donde su ojo se detenía una y otra vez en las espléndidas imágenes grabadas de las cosas europeas. Quizá más que cualquier otro lector, aparte de otra famosa criolla, la poeta mexicana Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695), Favián mostraba una aguda sensibilidad hacia los aspectos técnicos de los libros de Kircher. Llenos de grabados sobre planchas de cobre —la misma tecnología que los jesuitas habían usado en su provecho para impresionar a los letrados confucianos con los medios europeos de transmisión del conocimiento— se veían diferentes de muchos libros impresos novohispanos. En un ambiente que se definía por la singularidad de la naturaleza americana, Kircher ofrecía a sus lectores del Nuevo Mundo la fantasía de la tecnología, así como la promesa de la omnisciencia.<sup>75</sup>

Pero era el propio Kircher lo que más maravillaba a su discípulo mexicano. Favián atesoraba las cartas que recibía de Roma y las guardaba en un cofrecillo de bronce como si fueran preciosas reliquias. Lo que más deseaba recibir del padre Atanasio era su retrato. La primera vez que le pidió una copia fue en 1663, con la promesa de ponerlo “en la testera principal de mi librería como la mejor maravilla que hay en el mundo hoy”. Hacia fines de 1665, describió los efectos de meditar ante el retrato de Kircher: “[S]ólo con pensar en sus cosas y mirar la efigie de su retrato me sirve de diversión y descanso; paso mi vida solo y retirado y entretenido con leer y estudiar en sus libros, que son toda mi alegría y gusto...”.<sup>76</sup> Favián transformó la imagen de Kircher en una especie de oráculo de Delfos que hablaba con él en privado. Su presencia en su propio museo le permitió trascender la distancia entre América y Europa.

En noviembre de 1667, Favián tuvo una visión divina que le reveló lo que tenía que hacer con el retrato de Kircher en el *Mundo subterráneo*. Lo retiró del libro y le encargó al *amanteca* de Michoacán que lo transformara en el brillante retrato de Kircher hecho de plumas y adornado con oro. Al igual que la hoja con escritura glífica llena de imágenes de ídolos aztecas que Favián puso en una caja para enviársela a Kircher, el retrato era ejemplo de lo

<sup>74</sup> Ignacio Osorio Romero, *La luz imaginaria...*, *op. cit.*, pp. 21-23.

<sup>75</sup> El entender la manera en que los lectores en distintas partes del mundo reaccionaron ante el arte europeo de la imprenta como una hazaña técnica es en verdad otra dimensión de la argumentación acerca de la tecnología vista en un contexto global propuesta por Michael Adas, *Machines as the Measure of Man...*, *op. cit.*

<sup>76</sup> Ignacio Osorio Romero, *La luz imaginaria...*, *op. cit.*, pp. 21, 65.

mejor que América podía ofrecer. Favián esperaba que la obra llegara a tener su lugar en el museo del Colegio Romano “en memoria eterna de nuestra indisoluble amistad, como por la cosa mayor y más costosa que le puedo enviar de aquestos reinos”.<sup>77</sup> No le ofreció enviarle su propia imagen a Roma, como tampoco Kircher le solicitó un retrato a su corresponsal novohispano.

Detengámonos por un momento para evocar este retrato americano de Kircher que por desgracia nunca llegó a Roma. Se relaciona en algo con el retrato chino de Schall que un artista volvió a hacer a partir de las páginas de la *China ilustrada* de Kircher. Favián, literalmente, transformó a Kircher en un brillante icono en *technicolor* del conocimiento que competiría con los otros retratos hechos de plumas que se hacían al por mayor en esta época.<sup>78</sup> Quizá deberíamos considerar las palabras que acompañaban al retrato grabado, escritas por el colega de Kircher, James Alban Gibbes, profesor de elocuencia del Colegio Romano: “HELO AQUÍ: hasta en las Antípodas conocen su rostro y su nombre” (figura XIII). Parece que Favián respondía directamente a esta descripción, mediante la transformación de Kircher en un icono americano, con lo que lo igualaba a los santos, papas, reyes y emperadores, cuyos retratos también se volvían a pintar en el Nuevo Mundo.

El mismo año que Favián encargó el retrato, también estaba por acabar su *Tautología extática universal*, una enciclopedia universal en cinco tomos y de aproximadamente tres mil páginas. Esta obra, inspirada en el *Viaje extático* (1656) de Kircher, y que sin duda tomaba ingredientes de muchas otras obras, era un producto escandalosamente kircheano, pues pretendía ser una enciclopedia universal de absolutamente todo. Al igual que el *Mercurio brasileño* de Stansel, se envió a Roma para someterla a la aprobación de Kircher. Por desgracia, también, permaneció inédita; el manuscrito no ha aparecido, y es una lástima que Kircher no lo citara en ninguna de sus obras subsecuentes, lo que nos priva de la oportunidad de ver lo que esta enciclopedia americana haya podido contener. Durante los siguientes cinco años, Favián bombardeó a Kircher con preguntas acerca de la publicación de su primer libro, a la vez que también proyectaba un borgiano *Tratado de la luz* que alcanzaba la poco modesta extensión de 2 500 páginas para 1672, mucho más que la robusta segunda edición del *Gran arte de la luz y la sombra* de Kircher que Jansson imprimió en 1671.<sup>79</sup> Nadie hubiera podido negar la intensidad del apasionamiento de Favián por el padre Atanasio, incluso superior a la de su colega Stansel en Brasil, quien también quiso convertirse en

<sup>77</sup> *Ibid.*, p. 147; véase Clara Bargellini, “Athanasius Kircher e la Nuova Spagna”, p. 87.

<sup>78</sup> Teresa Castelló Yturbe, *The Art of Featherwork in Mexico*, México, Fomento Cultural Banamex, 1993.

<sup>79</sup> Ignacio Osorio Romero, *La luz imaginaria...*, *op. cit.*, pp. 142-143, 148-150, 162.



Figura XIII. Retrato de Athanasius Kircher, S.J., a los 62 años. Tomado de Athanasius Kircher, S.J., *Mundus subterraneus* (Ámsterdam, 1665). Con autorización de la Bancroft Library, Universidad de California, Berkeley

un Kircher del Nuevo Mundo.<sup>80</sup> Reconstruyó su museo, leyó todos sus libros y en verdad los volvió a escribir. A la postre, sus expectativas eran que Kircher lo ayudara a convertirse en un autor publicado y tenía esperanzas de que le facilitara una presentación ante el general Oliva, con quien Favián creía estar ligeramente emparentado, en Roma.

Si Kircher le abría el camino a Roma a Favián, el corresponsal novohispano le daba un acceso único a una especie de América auténtica de la que antes no sabía nada, sin mediaciones de los misioneros jesuitas. Su aprecio por las singulares cualidades de Favián se hizo patente en las páginas introductorias a su *Reino magnético de la naturaleza* (1667). Kircher dedicó este pequeño libro al “ilustre y distinguido Alejandro Favián”, donde lo alababa por ser el lector más entusiasta que hubiera tenido. Se sorprendía ante el hecho de que tan sabio corresponsal no sólo proviniera del “más remoto rincón de América”, sino también que fuera “natural del Nuevo Mundo”, aunque añadía casi inmediatamente que Favián “no era de origen indio, sino perteneciente a la ilustre familia Fabiano de Génova”.<sup>81</sup> En esencia, Favián le permitía a Kircher descubrir un poco a una América sabia que no podía haber imaginado cuando escribió su *Edipo egipcio* y cuando terminó su *Mundo subterráneo*. Se trataba de un lector mitad europeo que examinaba las obras de Kircher desde una perspectiva americana y le ofrecía su conocimiento para impulsar aún más el gran arte del conocimiento de Kircher. ¿Acaso el erudito alemán tendría que revisar todo su estudio de América?

La aparición de una obra dedicada a Favián alarmó profundamente a otro de sus corresponsales en el Nuevo Mundo, Francisco Ximénez (1601-1686). Jesuita oriundo de Francia que había conocido antes a Kircher en el Colegio de Avignon durante los primeros años de la década de 1630, Ximénez había vivido en Nueva España desde 1635. Reanudó su amistad con Kircher en 1655, un año después de llegar a ser el rector del Colegio del Espíritu Santo en Puebla. Es decir, fue Ximénez quien había formado la biblioteca kircheana que inicialmente había inspirado a Favián, mediante el

<sup>80</sup> En este sentido, Stansel parece haber logrado más, en parte porque sus ambiciones intelectuales tenían una definición más clara y en parte porque contaba con otros recursos en qué apoyarse para realizar sus proyectos, entre otros el ser miembro de la Compañía de Jesús; véase Carlos Ziller Camenietzki, “Celestial Pilgrimages...”, *op. cit.*; *idem*, “Baroque Science between the Old and New World: Father Kircher and His Colleague Valentin Stansel (1621-1705)”, en Paula Findlen (ed.), *Athanasius Kircher...*, *op. cit.*, pp. 311-328; Sergio Nobre, “Valentim Estancel (1621-1705): Jesuit-Mathematiker in der Kolonialzeit Brasiliens”, en *Österreichisches Simposion zur Geschichte der Mathematik*, Viena, 1996, pp. 132-141, y Philip Keenan y Juan Casanovas, S.J., “The Observations of Comets by Valentine Stansel, a Seventeenth Century Missionary in Brazil”, en *AHSI*, vol. 62, 1993, pp. 319-330.

<sup>81</sup> Athanasius Kircher, *Magneticum naturae regnum...*, *op. cit.*, n.p. y p. 8.

envío de “chocolate, imágenes en pluma multicolores y algunas de oro” a cambio de ejemplares de sus libros.<sup>82</sup> Para mediados de los años sesenta del siglo XVI, ya era una figura de cierta notoriedad en la comunidad eclesiástica novo hispana. En 1663 pasó al Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo en la Ciudad de México y llegó a ser confesor del virrey y la virreina en 1665; por último, vendría al ser elegido provincial de la Nueva España (1674-1677).<sup>83</sup> En mayo de 1672, al responderle al mismo Kircher sus preguntas sobre cómo ayudar a Favián, remataba por advertirle que no era prudente confiar en el hijo americano de un mercader genovés. “Es el bárbaro ingenio de los americanos”, observaba.<sup>84</sup> Simplemente no se podía confiar en ellos, pues no eran totalmente europeos.

En la década siguiente, Valentin Stansel se disculparía con los lectores de su *Uranophilus, el viajero celestial* (1685) por escribir un libro a imitación del *Viaje extático* de Kircher, y que estaba lleno de barbarismos literarios. No obstante el desprecio que sentía Stansel por sí mismo, éste también reflejaba su visión del país en el que había vivido por más de veinte años: “hemos estado entre los bárbaros, es decir, Brasil”.<sup>85</sup> Como su compañero jesuita Ximénez, no podía imaginar que ninguno de los habitantes oriundos de América participara como igual en las conversaciones del conocimiento. Mientras Albert d’Orville le decía en broma a Kircher, en el momento de su salida de Lisboa en 1656, que esperaba descubrir a “otro Atanasio” en el Oriente, los jesuitas que llegaban al Nuevo Mundo no abrigan tales expectativas.<sup>86</sup> En cambio, veían el breve coqueteo de Kircher con su lector americano como una falsa impresión pasajera de dónde estaba la erudición en el Nuevo Mundo, es decir, en las manos de europeos competentes en quienes se podía confiar para enviar a Roma informes fidedignos sobre América. Al fin y al cabo, pudo ser por esto por lo que Stansel y no Favián se convirtió en el informante más celebrado de Kircher en el Nuevo Mundo.

## AMÉRICA SE VUELVE CHINA

Si acaso la historia de la relación de Favián con Kircher nos dice algo, revela tanto las dificultades como las posibilidades de comunicación entre conti-

<sup>82</sup> Ignacio Osorio Romero, *La luz imaginaria...*, *op. cit.*, pp. 4-5.

<sup>83</sup> Clara Bargellini, “Athanasius Kircher e la Nuova Spagna...”, *op. cit.*, p. 86.

<sup>84</sup> Ignacio Osorio Romero, *La luz imaginaria...*, *op. cit.*, p. 169.

<sup>85</sup> Valentin Stansel, *Uranophilus Caelestis Peregrinus sive Mentis Urbanicae per Mundum Side-  
reum Peregrinantis Extases*, Gand, s. e., 1685. También citado en Carlos Ziller Camenientzki,  
“Celestial Pilgrimages...”, *op. cit.*, p. 255.

<sup>86</sup> APUG, *Kircher*, ms. 568, f. 73r (de Albert d’Orville, Lisboa, 18 de octubre de 1656).

nentes y culturas. Los libros de Kircher siguieron siendo leídos con apasionado interés en Nueva España durante toda la segunda mitad del siglo XVII y hasta bien entrado el XVIII.<sup>87</sup> Gustaba especialmente a los eruditos criollos más destacados. Sor Juana Inés de la Cruz consideraba que leer a Kircher era tan fundamental para su concepción del mundo que convirtió su nombre en verbo: *kirkerizar*.<sup>88</sup> Quienquiera que haya visto los retratos de Sor Juana del siglo XVIII que la representan en su biblioteca nota la presencia de la *Opera Kirkerii*, representación póstuma —obviamente selectiva— de los libros que alimentaron su poesía filosófica y su apasionada defensa de sus ambiciones enciclopédicas<sup>89</sup> (figura XIV). Era mucho lo que tenía en común con Favián, el corresponsal de Kircher, como el ex jesuita Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700), quien creó una colección personal de las obras de Kircher que eclipsaba la del colegio de Puebla.

La lectura de Kircher hecha por Sigüenza nos ofrece un importante ejemplo de cómo un lector criollo reaccionaba críticamente ante la visión Kircheriana de América. Si bien admiraba la amplitud de la obra de Kircher, le parecía que sus comentarios sobre el Nuevo Mundo eran infundados. A diferencia de Favián, no pensaba que Europa fuera la medida absoluta de América. En 1680 —cuando muere Kircher— Sigüenza criticó al jesuita alemán por sus “muchas impropiedades” en su descripción de los códices mesoamericanos de la biblioteca del Vaticano.<sup>90</sup> No creía que un jesuita ale-

<sup>87</sup> Véase Paula Findlen, “A Jesuit’s Books in the New World”, y la bibliografía allí citada, para un recuento más detallado de este fenómeno.

<sup>88</sup> Véase su poema “Allá va, aunque no debiera”, en Juana Inés de la Cruz, *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz*, edición de Alberto G. Salceda, México, Fondo de Cultura Económica, 1951-1957, vol. 1, p. 158 (Romance núm. 50). Pese a su importancia tanto para la obra de Sor Juana como para el estudio de la recepción del pensamiento de Kircher, no ha sido objeto de un análisis profundo. Véase Elías Trabulse, *El círculo roto: estudios históricos sobre la ciencia en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 90; Marie Cécile Bénassy-Berling, *Humanisme et religion chez Sor Juana Inés de la Cruz*, París, Éditions hispaniques: Publications de la Sorbonne, 1982, pp. 146, 161; Mauricio Beuchot, *Sor Juana, una filosofía barroca*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, 1999, p. 74; Clara Bargellini, “Athanasius Kircher e la Nuova Spagna...”, *op. cit.*, p. 89.

<sup>89</sup> Tal es la frase que aparece en el retrato hecho por Juan de Miranda alrededor de 1714. Compárese con la que aparece en el de Miguel Cabrera, de mediados del siglo XVIII, que dice “obras de Kircher” en la biblioteca.

<sup>90</sup> Carlos de Sigüenza y Góngora, *Seis obras*, edición de William G. Bryant, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1984, p. 181. Una lectura detenida de este episodio se puede ver en Roswitha Kramer, “... ex ultimo angulo orbis”, *op. cit.*, pp. 334-359. La historia subsiguiente del movimiento en pos de crear una historia nativa del continente americano se examina en Jorge Cañizares-Esguerra, *How to Write the History of the New World: Historiographies, Epistemologies, and Identities in the Eighteenth-Century Atlantic World*, Stanford, Stanford University Press, 2001.





mán pudiera decirle a un criollo español que los “jeroglíficos” americanos eran sencillamente una bárbara imitación de los egipcios, pues les faltaba su sutileza y erudición.<sup>91</sup> En cambio, Sigüenza y sus contemporáneos, incluyendo a Sor Juana, presentaban el florecimiento de la sociedad novohispana a fines del siglo xvii como el triunfo de un nuevo Egipto, igual de sabio y rico en cuanto a sus tradiciones históricas, religiosas y culturales. Fue Sigüenza quien certeramente hizo la pregunta indicada: ¿qué podía saber de *su* mundo un jesuita que permanecía en Roma? A fin de cuentas, Kircher no conoció América, aunque América a él sí.

Pero los límites del conocimiento que Kircher tenía de América también eran su fuerza. Si Kircher hubiera escrito una historia de Brasil o de Nueva España, eruditos como Sigüenza habrían tenido mucha tela de donde cortar para criticar, corregir y, en última instancia, desacreditar. Es una ironía que el hecho de que Kircher *no* escribiera específicamente sobre América, habiendo escogido escribir prácticamente sobre todo lo demás, hizo que su estatura creciera entre los lectores novohispanos. Kircher era eminentemente una autoridad en cosas que no podían conocer de primera mano. Su decisión de no ser un continuador de la obra de Acosta de hecho estimuló a sus lectores americanos a adaptar sus propios relatos del Nuevo Mundo a su relato filosófico, lingüístico e histórico del *mundo en general*. Si América era *como* Egipto, de alguna manera, entonces tocaba a los eruditos locales descubrir su nobleza, su antigüedad y su historia —la cual era igual, si no superior, a las declaraciones de Kircher sobre Egipto—. En suma, la clase de historia comparativa que Kircher inauguró cuando estableció un fuerte vínculo entre Europa, Egipto y China —con lo que sugería discretamente la manera en que el Nuevo Mundo encajaría en este panorama— se completó con una nueva generación que observaba estas tres entidades desde América. Precisamente esto es lo que Sigüenza y las siguientes generaciones de eruditos criollos comenzaron a hacer a medida que comenzaban a estudiar el pasado precolonial de América. Mucho tiempo después de que Kircher dejara de ser una autoridad en Europa, el jesuita alemán seguía siendo un importante punto de referencia en las discusiones acerca de la historia de América en las Américas españolas, ya que era el epítome del tipo de erudición que se buscaba imitar.<sup>92</sup>

En 1694 se publicó un libro en Nueva España que evocaba el espectro póstumo de la visión de Kircher de su mundo. El frontispicio, obra del gra-

<sup>91</sup> Véase Athanasius Kircher, *Oedipus Aegyptiacus...*, *op. cit.*, vol. 3, p. 33. También se examina en Roswitha Kramer, “... *ex ultimo angulo orbis...*”, *op. cit.*, pp. 361-362; y Clara Bargellini, “Athanasius Kircher e la Nuova Spagna...”, *op. cit.*, p. 89.

<sup>92</sup> Véase Jorge Cañizares-Esguerra, *How to Write the History of the New World...*, *op. cit.*

bador Miguel Guerrero, que adornaba la *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España* del jesuita Francisco de Florencia, era un homenaje explícito al *Gran arte de la luz y la sombra* de Kircher, como explica Elías Trabulse en su estudio de esta imagen<sup>93</sup> (figura XV). Al centro de la misma, san Francisco de Borja, el general jesuita que inauguró las misiones de Florida, Perú y México, descansa sobre un globo terráqueo que representa la mayor parte del hemisferio austral sobre México como *terra incognita* porque aún no había sido cristianizada. La luz brota del entonces recién canonizado jesuita, que acercaba la palabra de Dios a los nativos de Nueva España por la vía de los santos oficios de Ignacio de Loyola y Francisco Xavier.

No había lector de este libro que no pensara en la perspectiva de Kircher. En el contexto de las misiones de ultramar, el sabio se convirtió en una autoridad cultural sin parangón porque ofrecía una explicación persuasiva de los apoyos científicos de la fe que los grabadores de la imprenta de Janssen en Amsterdam transformaron en algunas de las imágenes más poderosas del conocimiento a mediados del siglo XVII. Esas imágenes se colocaban en los libros que los misioneros empacaban en sus baúles y llevaban a América. Otros los abrían y los conservaban en las bibliotecas del Nuevo Mundo. El resultado fue un eufórico medio siglo de *kircherizaciones*, un encuentro enciclopédico transatlántico sin paralelo en el mundo de la temprana modernidad.

Miremos, empero, esta imagen una vez más y comparémosla con el frontispicio de la *China ilustrada* de Kircher, en el que Matteo Ricci y Johann Adam Schall sostienen el mapa de China en el centro (véase la figura IX). Ahí están las mismas imágenes ópticas; de hecho, no sería imposible que este frontispicio haya inspirado la imagen en la *Historia* de Florencia (ambas se basan evidentemente en el frontispicio de la *Historia de la Compañía de Jesús* de Daniello Bartoli, cuyo primer volumen veía la luz en 1650 y comienza con una imagen de Ignacio de Loyola sosteniendo una hostia que ilumina los cuatro rincones de la tierra). No debe sorprender que, para 1694, un jesuita en Nueva España afirmara que, en esencia, la llegada de la cristiandad a esas tierras fuera equivalente a su aparición en China. Piénsese en el ruego apasionado de Sigüenza por una historia erudita de América en las décadas anteriores y el uso que Alonso Ramos le dio a la *China ilustrada* en su biografía de Catarina de San Juan de 1689. Todos respondían críticamente al argumento de Kircher según el cual América nunca sería como China, por no mencionar a Egipto. Sor Juana argumentó con elo-

<sup>93</sup> Estoy en deuda con la obra *Arte y ciencia en la historia de México* (México, Fomento Cultural Banamex, 1995, pp. 72, 74) de Elías Trabulse por haber llamado mi atención hacia esta fascinante imagen.



FIGURA XV. Relato kircheriano sobre la difusión del cristianismo en la Nueva España. Tomado de Francisco de Florencia, S.J., *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España* (Ciudad de México, 1694). Con autorización de la Bancroft Library, Universidad de California, Berkeley

cuencia en su poesía y prosa de la década precedente que América era un nuevo Egipto en el que ella era Isis.<sup>94</sup> Los lectores americanos kirkerizaron con gran pasión no sólo porque Kircher les dio los instrumentos de la erudición, sino porque se dieron cuenta de las posibilidades de incorporar a América a la historia universal de las civilizaciones que aún no se completaba totalmente. A fines del siglo xvii, China había viajado a América. Así como Egipto era la medida de lo que América había sido, China era la medida de lo que América había llegado a ser: un mundo cristianizado de eruditos que argumentaban que América no era simplemente una tierra de gloriosa naturaleza, sino un lugar de cultura, equivalente en todo sentido al relato de Oriente hecho por Kircher.

<sup>94</sup> Octavio Paz, *Sor Juana, or, The Traps of Faith*, trad. Margaret Sayers Peden, Cambridge, MA, Belknap Press, 1993. [Edición original en español, Octavio Paz, *Sor Juana o Las trampas de la fe*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.]